

## **PLOMO, METRALLA, CÁRCEL: ASÍ RESPONDE EL FRENTE POPULAR A LOS OBREROS DE BARCELONA QUE OSAN RESISTIR EL ATAQUE CAPITALISTA.**

**BILAN n° 41, mayo de 1937.**

---

¡Proletarios!:

El 19 de julio de 1936 los proletarios de Barcelona, con sus puños desnudos, aplastaron el ataque de los batallones de Franco, armados hasta los dientes. El 4 de mayo de 1937 esos mismos proletarios, provistos de armas, dejan tendidas en la calle muchas más víctimas que en julio, cuando tuvieron que repeler a Franco; y es el Gobierno antifascista —que comprende incluso a los anarquistas y con el cual el POUM es indirectamente solidario— el que da rienda suelta a la canalla de las fuerzas represivas contra los obreros.

El 19 de julio los proletarios de Barcelona eran una fuerza invencible. Su lucha de clase, liberada de las ataduras con el Estado burgués, repercutió en el seno de los regimientos de Franco, disgregándolos y despertando el instinto de clase de los soldados. Fue la huelga la que encasquilló los fusiles y cañones de Franco e hizo fracasar su ofensiva.

La historia no registra más que fugaces intervalos en el curso de los cuales el proletariado puede adquirir su plena autonomía frente al Estado capitalista. Algunos días después del 19 de julio, el proletariado catalán llegó a una encrucijada: o entraba en la fase superior de su lucha con vistas a la destrucción del Estado burgués, o bien el capitalismo reconstituiría la malla de su aparato de dominación.

En ese estadio de la lucha en el que el instinto de clase ya no basta y la conciencia deviene el factor decisivo, el proletariado no puede vencer más que si dispone del capital teórico acumulado, paciente y encarnizadamente, por sus fracciones de izquierda, que se erigirán en partidos con la explosión de los acontecimientos. Si hoy el proletariado español vive tan sombría tragedia es debido a su inmadurez para forjar su partido de clase: el único cerebro que puede darle la fuerza de vivir.

En Cataluña, desde el 19 de julio, los obreros crearon espontáneamente, en su terreno de clase, los órganos autónomos de su lucha. Sin embargo, de inmediato surgió el angustioso dilema: o llevar a fondo la batalla política por la destrucción total del Estado capitalista y rematar así los éxitos económicos y militares, o, por el contrario, dejar en pie la máquina opresora del enemigo y permitirle entonces desnaturalizar y liquidar las conquistas obreras.

Las clases luchan con los medios que les son impuestos por las situaciones y el grado de tensión social. Frente a un incendio de clase, el capitalismo no puede ni siquiera pensar en recurrir a los métodos clásicos de la legalidad. Lo que le amenaza es la independencia de la lucha proletaria que encaminaría la siguiente etapa revolucionaria hacia la abolición de la dominación burguesa. El capitalismo debe, por tanto, en tales situaciones renovar las riendas de su control sobre los explotados. Antes eran las de la Magistratura, la policía, las prisiones; ahora, en la situación extrema de Barcelona, se transforman en las de los comités de milicias, las industrias socializadas, los sindicatos obreros que gestionan los sectores esenciales de la economía, las patrullas de vigilancia, etc.

Así, en España, la historia plantea, de nuevo, el problema que, en Italia y en Alemania, ha sido resuelto mediante el aplastamiento del proletariado: los obreros conservan, para su clase, los instrumentos que se crean al calor de la lucha sólo en tanto que los dirigen contra el

Estado burgués; arman, por el contrario, a su verdugo de mañana si, careciendo de fuerza para derrotar al enemigo, se dejan entrapar, otra vez, en las redes de su dominación.

La milicia obrera del 19 de julio es un organismo proletario. La «milicia proletaria» de la semana siguiente es un organismo capitalista, adecuado a la situación del momento. De este modo, para realizar su plan contrarrevolucionario, la burguesía puede llamar a los centristas, a los socialistas, a la CNT, a la FAI y al POUM; todos ellos harán creer a los obreros que el Estado cambia de naturaleza cuando el personal que lo gestiona cambia de color. Así, disimulado en los pliegues de la bandera roja, el capitalismo afilará, concienzudamente, la espada de la represión que ya estará preparada el 4 de mayo por las mismas fuerzas que el 19 de julio habían roto el espinazo de clase del proletariado español.

El hijo de Noske y de la Constitución de Weimar es Hitler; el hijo de Giolitti y del «control de la producción» es Mussolini; el hijo del frente antifascista español, de las «socializaciones» y de las milicias «proletarias» es la carnicería de Barcelona del 4 de mayo de 1937.

¡Proletarios!:

Fue a la sombra de un Gobierno de Frente Popular que Franco pudo preparar su ataque. Fue con vistas a la conciliación que Martínez Barrio intentó formar, el 19 de julio, un Ministerio único que pudiera realizar el programa de conjunto del capitalismo español, ya fuera bajo la dirección de Franco o la dirección compartida de la derecha con la izquierda fraternalmente unidas. Fue la revuelta obrera de Barcelona, de Madrid y de Asturias, la que obligó al capitalismo a desdoblarse su Gabinete, a separar sus funciones entre el agente republicano y el militar ligados entre sí por una indisoluble solidaridad de clase.

Allí donde Franco no consigue imponer su victoria inmediata, el capitalismo llama a los obreros a que le sigan para «derrotar al fascismo». Sangrienta celada que éstos han pagado con millares de cadáveres, al creer que, bajo la dirección del Gobierno republicano, podrían aplastar al hijo legítimo del capitalismo: el fascismo. Es de este modo que partieron los obreros hacia los collados de Aragón y las montañas de Guadarrama y de Asturias, en pro de la victoria en la guerra antifascista.

De nuevo, una vez más, como en 1914, es a través de la hecatombe de los proletarios que la historia subraya, con trazos ensangrentados la oposición irreductible que existe entre burguesía y proletariado.

Los frentes militares, ¿una necesidad impuesta por la situación? ¡No! ¡Una necesidad impuesta por el capitalismo a fin de cercar y aplastar a los obreros! El 4 de mayo de 1937 aporta la prueba flagrante de que, después del 19 de julio, el proletariado debía haber combatido, por igual, tanto a Companys y a Giral como a Franco. Los frentes militares no podían más que cavar la tumba de los obreros, puesto que representaban el frente de la guerra del capitalismo contra el proletariado.

A esta guerra, los proletarios españoles —siguiendo el ejemplo de sus hermanos rusos de 1917— no podían responder más que desarrollando el derrotismo revolucionario en ambos bandos burgueses: el republicano y el «fascista», transformando la guerra capitalista en guerra civil con el objetivo de destruir totalmente el Estado de la burguesía.

La Fracción Italiana de Izquierda sólo ha sido sostenida, en su trágico aislamiento, por la solidaridad de la corriente de la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica que acaba de fundar la Fracción Belga de la Izquierda Comunista Internacional. Tan sólo estas dos corrientes han lanzado el grito de alarma, mientras que, por doquier, se proclamaba la

necesidad de «salvaguardar las conquistas de la revolución», de «derrotar a Franco para derrotar después más fácilmente a Caballero».

Los últimos acontecimientos de Barcelona confirman lúgubrementemente nuestra tesis inicial y ponen de relieve con qué crueldad, equiparable a la de Franco, se ha abalanzado el Frente Popular, flanqueado por los anarquistas y el POUM, sobre los obreros insurrectos del 4 de mayo.

Las vicisitudes de las batallas militares han supuesto otras tantas ocasiones para que el Gobierno republicano reforzara su influencia sobre los explotados. A falta de una política proletaria de derrotismo revolucionario, los éxitos, lo mismo que los fracasos militares del Ejército Republicano no han constituido más que otras tantas etapas de la cruenta derrota de clase de los obreros.

En Badajoz, Irún y San Sebastián, la República del Frente Popular aportó su contribución a la masacre concertada del proletariado, a la vez que estrechaba los lazos de la Unión Sagrada, a que, para ganar la guerra antifascista, hace falta un ejército disciplinado y centralizado. La resistencia de Madrid, por su parte, facilitó la ofensiva del Frente Popular que le permitió, desprenderse de su lacayo de ayer, el POUM, al objeto de preparar el ataque del 4 de mayo.

En cuanto a La caída de Málaga, serviría para renovar los sangrientos lazos de la Unión Sagrada, mientras que la victoria militar de Guadalajara 8 abre el periodo que ahora concluye con los fusilamientos de Barcelona.

De esta manera pudo germinar y hacerse realidad, en una atmósfera de embriaguez guerrera, la acometida del 4 de mayo. Simultáneamente, la guerra de exterminación llevada a cabo por el capitalismo español impulsa, en todos los países, la represión burguesa internacional, de forma que los obreros muertos en España, fascistas y "antifascistas", acompañan a los asesinados en Moscú y a los ametrallados en Clichy. Es asimismo en el ensangrentado altar del antifascismo que los traidores congregan, en torno al capitalismo democrático, a los obreros de Bruselas, con motivo de las elecciones del 11 de abril de 1937.

«¡Armas para España!», tal ha sido la consigna central que ha resonado en los oídos de los proletarios. ¡Esas armas han disparado sobre sus hermanos de Barcelona! La Rusia soviética, que coopera en el armamento de la guerra antifascista, ha sido también quien ha puesto en pie el entramado capitalista de la reciente carnicería. A las órdenes de Stalin —que desplegó su rabia anticomunista el 3 de Marzo—, el PSUC tomó la iniciativa de la masacre.

Una vez más, como en 1914, los obreros se han servido de las armas para matarse mutuamente, en lugar de utilizarlas para echar abajo el régimen de opresión capitalista.

¡Proletarios!:

Los obreros de Barcelona han retomado, el 4 de mayo de 1937, el camino que habían emprendido el 19 de julio y del cual el capitalismo había podido apartarlos apoyándose sobre las múltiples fuerzas del Frente Popular. Desencadenando la huelga en todos los lugares, incluso en los sectores presentados como conquistas de la revolución, han hecho frente al bloque republicano-fascista del capitalismo. El Gobierno republicano ha respondido con tanto salvajismo como Franco, en Badajoz o Irún. Si el Gobierno de Salamanca no ha aprovechado esta violenta sacudida del frente de Aragón para pasar al ataque, es porque ha percibido que su cómplice de izquierda cumplía admirablemente su papel de verdugo del proletariado.

Agotado por diez meses de guerra, de colaboración entre las clases por parte de la CNT, la FAI y el POUM, el proletariado catalán acaba de sufrir una terrible derrota. Ésta también constituye, sin embargo, una etapa de la victoria de mañana, un momento de su emancipación, ya que sella la sentencia de muerte de todas las ideologías que, a pesar del sobresalto gigantesco del 19 de julio, permitieron al capitalismo mantener su dominación.

No, los proletarios caídos el 4 de mayo no pueden ser reivindicados por ninguna de las corrientes que les arrastraron, el 19 de julio, fuera de su campo de clase, precipitándolos en la sima del antifascismo.

Los proletarios caídos pertenecen al proletariado y únicamente a él. Forman parte de la corteza cerebral de la clase obrera mundial, del partido de clase de la revolución comunista.

Los obreros de todo el planeta se descubren ante todos los muertos y reivindican sus cadáveres contra todos los traidores, tanto los de ayer como los de hoy. El proletariado del mundo entero saluda, en Berneri, a uno de los suyos; su inmolación por el ideal anarquista supone una protesta más contra la escuela política que se ha hundido en el curso de los acontecimientos de España: ¡es bajo la dirección de un Gobierno con participación anarquista que la policía ha repetido sobre el cuerpo de Berneri la hazaña de Mussolini sobre el cuerpo de Matteotti!

¡Proletarios!:

La carnicería de Barcelona es el signo precursor de represiones todavía más sanguinarias contra los obreros de España y del mundo entero, pero asimismo de las tempestades sociales que estallarán mañana en el mundo capitalista.

En tan sólo diez meses, el capitalismo se ha visto obligado a agotar los recursos políticos que contaba dedicar a la destrucción del proletariado, a obstaculizar el trabajo que éste realiza para fundar su partido de clase, arma de su emancipación y de la construcción de la sociedad comunista. Centrismo y anarquismo, uniéndose a la socialdemocracia, han alcanzado, en España, el fin de su evolución, tal y como fue el caso en 1914, cuando la guerra redujo la II Internacional a la condición de cadáver.

En España, el capitalismo ha desatado una batalla de alcance internacional: el combate entre el fascismo y el antifascismo que, a través de la forma extrema de las armas, anuncia una aguda tensión de las relaciones entre las clases en la arena internacional.

Los muertos de Barcelona desbrozan el terreno para la construcción del partido de la clase obrera. Todas las fuerzas políticas que han llamado a los obreros a luchar por la revolución, implicándoles en una guerra capitalista, han pasado al otro lado de la barricada. Ante los obreros del mundo entero se abre el luminoso horizonte en el que los muertos de Barcelona han escrito, con su sangre, la lección de clase ya trazada por los muertos de 1914-18: la lucha de los obreros es proletaria sólo a condición de que se dirija contra el capitalismo y su Estado; y sirve a los intereses del enemigo si no se dirige contra él, en todo instante, en todos los terrenos y en todos los organismos proletarios que las situaciones hagan surgir. El proletariado mundial luchará contra el capitalismo incluso cuando éste pase a la represión de sus lacayos de ayer. Es la clase obrera —jamás su enemigo de clase— la encargada de saldar cuentas con quienes han expresado una fase de su evolución, un momento de su lucha por la emancipación de la esclavitud capitalista.

La batalla internacional que el capitalismo español ha emprendido contra el proletariado abre un nuevo capítulo internacional de la vida de las fracciones de todos los países. El proletariado mundial, que debe continuar luchando contra los «constructores» de

Internacionales artificiales, sabe que no puede fundar la Internacional proletaria más que a partir de la convulsión mundial de las relaciones entre las clases que abra la vía de la revolución comunista. Ante el frente de la guerra de España, que anuncia la eclosión de tormentas revolucionarias en otros países, el proletariado de todo el planeta siente que ha llegado el momento de anudar los primeros lazos internacionales de las fracciones de la izquierda comunista.

¡Proletarios de todos los países!:

Vuestra clase es invencible; representa el motor de la evolución histórica: ¡los acontecimientos de España dan prueba de ello, ya que es vuestra clase, únicamente, la que constituye la clave de una lucha que convulsiona al mundo entero!

La derrota no puede desalentaros: ¡de ella sacaréis las enseñanzas para vuestra victoria de mañana! ¡Sobre vuestras bases de clase, reconstruiréis vuestra unidad de clase por encima de las fronteras, contra todas las mistificaciones del enemigo capitalista! En España, a las tentativas de compromisos que tienden a echar los cimientos de la paz de la explotación capitalista, ¡responded por medio de la confraternización de los explotados de ambos ejércitos para la lucha simultánea contra el capitalismo!

¡En pie para la lucha revolucionaria en todos los países!

¡Viva los proletarios de Barcelona que han pasado una nueva y sangrienta página del libro de la revolución mundial!

¡Adelante, por la constitución del Buró Internacional, con vistas a promover la formación de fracciones de izquierda en todos los países!

¡Alcemos el estandarte de la revolución comunista que los verdugos fascistas y antifascistas no pueden impedir que los proletarios vencidos transmitan a sus herederos de clase!

¡Seamos dignos de nuestros hermanos caídos!

¡Viva la revolución comunista en el mundo entero!